

## Altea 1876

No se puede decir, mi querido amigo lector, que el examen de un país en época determinada esté completo, si no se ha estudiado el temperamento, el modo de ser de sus habitantes, en el que puede influir la raza, la geografía, la historia, el clima, el bienestar o la pobreza; tantos y tantos imponderables que dominan en el mundo, y por tanto, he dejado para este momento el entretenimiento de examinar la idiosincrasia, el modo de ser de nuestros paisanos, muy difícil de definir, que tú bien lo sabes, porque habiendo pasado por España varias razas humanas, todas ellas han dejado su recuerdo en la psicología de los alteanos; pero de lo que no cabe duda alguna es de la influencia que ejercen en ellos el sol y el mar, dos poderosos sedantes que llevan en su vitalidad algunos elementos dañinos, como son la inacción y el providencialismo cuando este se manifiesta sin fé religiosa y como excusa del ocio. Pero aquellos soberanos influentes transmiten también a nuestros paisanos cualidades buenísimas como son: la cordialidad, la comprensión, la generosidad, la honradez. Y una prueba de las muchas que podía expresarte de la psiquis de los alteanos te la voy a dar relatándote un hecho, un episodio de gran sencillez y emotividad.

Al final de la playa (playa, entonces hoy calle  
Conde de Altea)

conforme se va hacia el río, había una casa grande  
de traza antigua, perteneciente a los hermanos D<sup>a</sup>  
Ana Maria y

D. Luis (el señor Llais) casa solitaria entre playa  
y campo.

te añado que esos dos hermanos constituían lo mas  
señorial que había en el pueblo, por su porte, por  
sus costumbres y hasta por su posición económica;  
pues bien, esta casa fué el escenario del episodio  
que te voy a contar. Pero antes de empezar el relato  
y para que te formes juicio adecuado de psiquis de  
nuestros paisanos, precisa que conozcas ciertos  
antecedentes.

Entérate, pues, de que los medios económicos de  
Altea en aquella época consistían en dos fuentes de  
producción: la del campo y la del mar; pues se  
puede decir que en el pueblo se carecía, casi en  
absoluto, de comercio e industria, lo producción de  
la tierra consistía en su mayor parte en la uva de  
moscatel que se destinaba a la confección de la  
pasa por el antiguo artificio de escaldar y secar la  
uva al sol, lo que se hacia a últimos de verano. Y  
encuanto a la producción del mar consistía también

en su mayor parte de la pesca de la sardina, tal vez por el abrigo de la bahía y la entrada en ella del agua del río.

Pues, bien, en el año que estamos examinando las circunstancias atmosféricas fueron contrarias a las dos producciones citadas; una gran sequía para el campo y unas lluvias torrenciales en la época de confeccionar la pasa, y también unos grandes temporales para el mar, que impidieron la pesca, total: un año aquél calamitoso, un año de hambre como entonces se decía.

Al legar, pues el invierno de este año, con el cielo siempre encapotado, el frío y la falta de alumbrado público en las noches y al malhumor de la gente, reinaba en el pueblo la natural tristeza que aumentaba al verse todos los días por sus calles pobres de pedir que no se habían visto nunca tan numerosos. pues, bien;

en estas circunstancias en el ambiente tan opuesto a la alegría valenciana, el Sr. Llavís, el de la casa solitaria

que te he citado, que aunque no joven tampoco era

viejo, se aburría bastante, y como en Altea no había más distracción que la sobria y honesta que ofrecían las reuniones familiares, el Sr. Llais salía todas las noches de su casa y se marchaba a la parte alta del pueblo, a pasar la velada con alguna familia, y lo hacía él solo, sin más compañía que el forolillo con que alumbraba su camino. Y sucedió que una noche de enero en que llovía a intervalos y apretaba el frío, El Sr. Llais bajaba hacia su casa, por una calle en cuesta que terminaba en el Pont de Moncau, y cuando llegó a ese final de calle le detuvo un grupo de hombres, con el rostro tapado y embozados con unas mantas, los cuales, sin violencia, pero imperativamente cual correspondía a una actuación de ladrones, exigió al Sr. Llais todo el dinero que llevase. Entonces aquel señor les dijo tranquilamente: ¡Infelices! sois muchos y al repartiros lo que llevo encima no tocaríais a nada. No os descubráis, pues no quiero saber quien sois, aunque, desde luego, no sois ladrones; en Altea no los hay. Sois unos necesitados que tal vez no habéis cenado esta noche, ni vosotros ni vuestras familias. Venid conmigo a mi casa y allí os daré para que remediéis de momento vuestras necesidades. El año ha sido muy malo, es verdad; pero nosotros los propietarios, no hemos debido dar lugar a que vosotros los jornaleros llegáseis a este extremo. Vamos

pues.

Y echó a andar con todos, más tranquilos que lo que el momento demandaba, ya que no sabía con que clase de gente trataba. Al llegar a la casa abrió, y sin llamar a la servidumbre que estaba durmiendo, encendió un velón de tres luces que estaba cerca de la puerta como todas las noches esperando al Sr. Llais. Este llevó a aquellos hombres a la cocina de campana a donde aún se conservaba rescoldo de lumbre de leña, añadiendo unas troncos de ella, el Sr. Llais fué a buscar viandas a la despensa; sacó una buena rastra de morcillas y unos panes de los que se hacen en casa, y les dijo: - [Mientras que voy a mi despacho a sacar algún dinero, calentaros y cenad con tranquilidad, y cuando dentro de un rato notéis que ya vuelvo cubríos la cara].

Así se desarrolló el programa, repartiendo el Sr. Llais a su regreso entre aquellos desdichados unas cuantas monedas de oro, de las isabelinas de cinco duros que entonces había, y también bastante calderilla, con la efigie de Fernando VII; recomendándoles que el cambio de las monedas de oro lo hiciesen en otro pueblo, para no dar lugar, si lo hacían en Altea, a que las gentes pensasen que aquel oro procedía de robo. Y les acompañó a la salida de la casa. Y aquellos hombres que

habían tenido aquella noche la necesidad de disfrazarse de ladrones iban silenciosos y, seguramente, muy emocionados, tan solo ya en la puerta y atropellándose las palabras, decían: [ Que Deu li u pague, señor Llais, que Deu li u pague ].

Y ya en la calle todos, pero quedando uno rezagado en el portal, que por su dificultad en el andar, parecía el más viejo de ellos, exclamó: [ Señor Llais, em deixa que l'abrase ? Y el Sr. Llais abriendo los brazos estrechó el cuerpo del viejo que ya lo estaba abrazando.

Y mientras el viejo lloraba por la emoción que producía la generosidad del Sr. Llais, estoy seguro que éste daba in mente gracias a Dios por haberle proporcionado medios y ocasión para realizar un acto de misericordia y amor humano.

Y dime, amigo mio: ¿ no demuestra este episodio de delicada calidad del temperamento de aquel gran caballero y del de aquellos pobres necesitados?

¿ No es digno de admirar la eficacia de la influencia del sol y del mar cuando estas maravillas del Universo hacen palpitar los corazones?

*Francisco Martínez - Orozco y Martínez*

Madrid - 1961